

El hombre del saco

José Hugo Fernández
Escritor y periodista
La Habana, Cuba

Más de una miseria fue removida por la revolución durante los días de mi infancia en Guanabacoa. Pero *El hombre del saco* quedó indemne. Su imagen de negro andrajoso, siempre cercano, aunque a distancia, entre los humos del enigma, receloso y huraño, armado con un palo que era a la vez bastón y llevando al hombro un saco lleno de sólo el diablo sabe qué aterradora materia, era presencia estable en nuestras pesadillas, motivo de pupilas dilatadas y bocas secas. No había otro método más socorrido ni tan eficaz como el de su mera mención para obligarnos a portarnos bien y ser obedientes. Jamás nos preguntamos por qué *El Hombre del saco* era negro, por qué tenía que serlo indefectiblemente. Ni siquiera se lo preguntaron los niños negros, a los cuales ocasionaba tanto pavor como a los blancos.

Después, pero mucho después, descubríamos que *El hombre del saco* era una patraña menos ingeniosa, pero algo más páfida, que la de los *Reyes Magos*, y que la verdadera amenaza, la quintaesencia del peligro que creímos ver en él, radicaba en la causa de su invención: el miedo al negro (y a todo lo negro), un estigma que ha obstaculizado el ascenso del pueblo cubano a la modernidad, desde siempre y hasta hoy mismo, incluso desde antes de que tuviéramos una conciencia y una auténtica identidad nacionales.

Descubriríamos que sobre ese miedo se asientan las mayores tragedias de nuestra his-

toria, así como la más perseverante pobreza. Y claro, también terminaríamos descubriendo que tal miedo no es una simple manifestación discriminatoria, una más, como suele repetirse con frecuencia, y que así como el rechazo formal a la discriminación racial no nos está ayudando demasiado, por sí solo, en la cura de esa epidemia del espíritu, mucho menos logramos desintegrar la imagen de *El hombre del saco* mediante el sencillo desvelamiento de su origen mendaz.

Si cada acto discriminatorio responde a insuficiencias y vicios en la formación del intelecto y de la capacidad espiritual, el miedo, además de arrastrar ese gravoso lastre, llega a convertirse en una especie de aberración, es producto de algún tipo de desajuste con interés quizá para los predios de la bioquímica cerebral. A todas luces parece afectar el equilibrio de las personas, estableciendo impresiones indelebles en su memoria. Así como el discriminador se considera estupidamente por encima del objeto de su repulsa, un discriminador con miedo no podrá evitar, aunque sea al nivel del subconsciente, cierta tirante dependencia, una aprensión que en alguna medida lo sitúa en desventaja y potencia en su interior el odio hacia el discriminado.

En este momento *El hombre del saco* continúa recorriendo las calles y los campos de Cuba, con otras denominaciones tal vez, con talante digamos un tanto actualizado,

pero esencialmente es el mismo y tan omnipresente como en sus peores días. Ello ocurre a pesar del cambio de actitud (evidenciado sobre todo en el discurso oficial) que ha tenido lugar en el país durante el último medio siglo. El esfuerzo por aglomerarnos en nuestra condición de cubanos por encima de las diferencias sociorraciales, entre otras, ha resultado nulo en la práctica para eliminar tales diferencias. Y para colmo, no consigue disolver o apaciguar al menos su implicación más nociva y comprometedora: el miedo al negro.

En el año 1893, dentro del apogeo para el maremagno de resentimientos y desconfianzas de carácter racial entre cubanos, José Martí escribió: “En Cuba no hay temor alguno a la guerra de razas”¹. Su afirmación no era exacta y él debió ser el primero en saberlo. Cabe suponer que esta frase no fuera sino uno de esos recursos semánticos que suelen utilizar los líderes para enunciar, como hechos, lo que en realidad no son sino propuestas de metas.

Creo que hay pruebas suficientes para no dudar del dominio que poseía Martí en torno a los pormenores de la causa y del escenario que estaba defendiendo, menos para situar en entredicho la nobleza de sus intenciones y aun de sus palabras. Sin ir más lejos, en ese mismo texto aseguraba: “Todo lo que divide a los hombres, todo lo que los especifica, aparta o acorrala, es un pecado contra la humanidad”. En todo caso, la verdad es que si bien Martí logró que los patriotas de la Isla decidieran deponer sus recelos mutuos en aquella ocasión, para dar prioridad a la lucha contra el dominio colonial (un acierto debido en no poca cuantía a sus recursos semánticos), esto no significaba que entre ellos no existiera temor alguno a la guerra de razas.

Tampoco significó que el Apóstol consiguiera notables adelantos en cuanto a la diso-



lución de las causas de aquel temor. Se conoce que antes y aun durante, así como inmediatamente después de la gesta independentista, la discriminación racial entre cubanos alcanzó cotos de barbarie. Muy en particular el miedo al negro —con sus nefastas huellas en la psiquis del blanco y con laceraciones lógicas en la del negro— era, nunca dejó de ser, como el clásico barril de pólvora junto a la hoguera.

Sin embargo, sus fundamentos siempre han resultado tan falaces como ruines. No hay una sola constancia seria y científica que alcance para demostrar que alguna vez los negros cubanos, en tanto grupo, se han propuesto la búsqueda de una supremacía en el poder. Hoy las circunstancias y el entorno no son los mismos del siglo XIX o de las prime-

ras décadas del XX. Podría decirse que la contingencia de una guerra de razas ha perdido peso como generadora de grandes preocupaciones en la Isla, aunque este es un tema que suscita opiniones contrapuestas entre estudiosos y observadores. Está el barril lleno de pólvora y está la hoguera, pero con el fuego discreto y bajo control, por lo menos hasta cierto punto.

De cualquier manera, la discriminación racial —con su vertiente más comprometedora, el miedo al negro— persiste, se niega a abandonar los sórdidos dominios en los que acunó su vigencia a lo largo de siglos. ¿Cómo se congenian el discurso y la actitud oficiales, contrarios al racismo, con esta vigencia de las expresiones discriminatorias entre cubanos? ¿Qué razones han determinado tan notoria falta de progreso luego de cincuenta años bajo un sistema de poder absoluto que desde el primer día se proclamó enemigo de la discriminación racial? ¿Se entiende que una obra trascendente, de incidencia popular masiva, como la llevada a cabo por el gobierno revolucionario en el sistema nacional de educación, no haya repercutido con su efecto modernizador sobre este rezago? ¿Qué lección nos ofrece la historia de un país entre cuyos postulados de cinco décadas ocupó primera línea la igualdad de todo tipo entre los seres humanos y que sin embargo deja intactas en el interior de las personas aberraciones tan eminentemente infrahumanas como el miedo al negro? Una vez vista y comprobada la pertinacia de comportamientos racistas como predisposición general, ¿puede afirmarse sin caer en despropósito que no existe hoy en Cuba el peligro de una guerra de razas?

Son demasiadas preguntas. Abundar en las argumentaciones y en los datos que conllevaría responderlas todas, pormenorizadamente, es tarea que sobrepasa con mucho el

alcance y propósito de este trabajo. Pero tal vez sirva de remedio la constatación de que el simple ejercicio de leer entre líneas cada interrogante puede facilitarnos los indicios de revelaciones esenciales.

Inquietud e interrogantes

Se sabe bien, ya que no son pocas las páginas escritas sobre el particular, que el miedo al negro se originó en Cuba prácticamente con la llegada de los primeros esclavos africanos. La ambición infame y desmedida de los productores de azúcar y de los adalides de la trata esclavista hizo que, muy pronto, la cifra de africanos y sus descendientes llegase a superar la de europeos y criollos blancos. Ello, unido a ciertos acontecimientos históricos como las rebeliones de esclavos en Haití, más los frecuentes conatos con rebeldes y cimarrones en nuestro propio país, exacerbaban las mentes y los espíritus asustadizos de quienes, concientes por demás de su delito, “habían comprado cabeza y luego le cogieron miedo al sombrero” como reza un viejo refrán. A mal de males, aquella situación creó las bases para que los pillos de siempre (políticos, magnates, ideólogos rancios...) atizaran el miedo con fines manipuladores.

Muchos estudiosos coinciden al mencionar a Francisco Arango y Parreño (1765-1837), brillante economista y político habanero, como el más notable propagador del miedo al negro, en tanto categoría política y sociológica, dirigida específicamente a la manipulación de los sentimientos y del actuar de los blancos cubanos, muy en especial de los blancos ricos. Pudo haber sido el más destacado, el primero, por su brillantez y por la sustancial influencia que ejerció entre sus contemporáneos de la misma clase social. Pero no fue el único ni el único ingenioso y

con amplio poder de convocatoria. Si algo no le faltó nunca a esa peste del alma para hacerse fuerte y conservar la pujanza, no obstante el paso de las épocas con las continuas demostraciones de su nocividad, fueron patrocinadores con afilada agudeza, ilustrados, enérgicos, influyentes, dispuestos a depositar en la faena toda su pasión y su ascendencia.

Ni en medio de las refriegas independentistas, amén de la carga de heroísmo y entrega sin dobleces mostrada por los mambises negros, y aun reconocido ya su imprescindible concurso como combatientes, faltaron quienes, desde el poder, sembraban en su contra la sospecha y la recusación. Tal vez baste con un nombre, uno entre tantos, para el cotejo: Salvador Cisneros Betancourt (1828-1914), patriota insigne, dos veces presidente de la República en Armas, acaudalado y culto, ostentador de un título de nobleza: marqués de Santa Lucía.

Finalizado el dominio colonial, pareciera que los negros cubanos iban a tener una oportunidad para el acceso a las conquistas por las que vertieron su sangre en el campo de batalla. Si habían largado el pellejo en la manigua bajo la prédica martiana: “Los hombres verdaderos, negros o blancos, se tratarán con lealtad y ternura, por el gusto del mérito, y el orgullo de todo lo que honre la tierra en que nacimos, negro o blanco”², era absurdo que en el advenimiento de la república sus derechos continuaran drásticamente restringidos con respecto a los del cubano blanco.

Un repaso somero a nuestra historia en las primeras décadas del siglo XX será suficiente para dejar por sentado el comportamiento no ya absurdo, sino irracional y bárbaro, con que la mayoría de los cubanos blancos con liderazgo político y económico pagaron el sacrificio de sus compatriotas negros y compensaron su determinante ayuda para la

acumulación del poder y de las riquezas que ellos disfrutaban en estatus de privilegio.

Desde la imposibilidad de aspirar a fuentes de empleo decorosas y solventes, hasta la negación del acceso a la instrucción y al progreso, por no mencionar las trabas para impedir que desempeñasen cargos en las altas esferas de la política. Desde las más burdas normativas de segregación social y económica, hasta el tropiezo con un infranqueable legajo de reglas y una escala de valores que les condenaban a la marginación de por vida. Desde el rechazo, la condena, el ninguneo ante sus manifestaciones culturales y sentimientos religiosos; desde los constantes atropellos y asedios policiales, desde el torcimiento del ejercicio de la ley con arreglos para su perjuicio, hasta las campañas de difamación encaminadas a justificar el asesinato y apresamiento de sus líderes, o especialmente elucubradas como planes para reprimirlos, replegarlos, reducirlos provocando guerras que no eran sino coartadas para el crimen masivo. Ese es el paisaje que refleja la historia de Cuba en plena etapa republicana, derrotado ya el dominio colonial de España y transcurridos varios decenios desde la fecha en que fue firmada la derogación nominal del sistema esclavista.

Lejos de atenuarse con el ritmo de las transformaciones, más o menos radicales, y el decurso histórico, el miedo al negro se enquistó bajo una capa maligna entre el egoísmo consciente y los aturdimientos al nivel de subconsciencia del cubano blanco. No estaría de más puntualizar que, por entonces, la astucia racista, el exceso de sacrificios y de maltratos y los tormentos bélicos se habían encargado ya de eliminar uno de los principales motivos que dieron origen a esa pandemia: la superioridad en número de los descendientes de África en nuestra isla. Según la *Memoria del Censo de la República de Cuba*,

bajo la administración provisional de Estados Unidos en 1907 (Washington, 1908, Cuadro 17)³, en La Habana, provincia donde se concentraba la mitad de la población cubana (2 048 980 habitantes), los blancos conformaban las dos terceras partes (1 428 176), en tanto los negros, mulatos y chinos eran 620 804.

Por cierto, en un breve comentario (tan breve como puede ser un ametrallamiento por la espalda) donde hacía referencia al descenso en la cifra de pobladores negros, la susodicha Memoria del Censo afirmaba: «su disminución en los últimos cincuenta años, con respecto a la población blanca, es, sin duda, otra prueba del hecho de que la raza de color no puede competir con la raza blanca, según se ha demostrado prácticamente, en mayor escala en los Estados Unidos»⁴.

Por otro lado, o por el mismo, en los tiempos republicanos tampoco faltarían las figuras públicas devenidas entusiastas fomentadores del miedo al negro. Como de costumbre, iban a ser hombres brillantes, poderosos, ilustres, carismáticos, amparados (con frecuencia estimulados) por un sistema judicial de doble rasero, y con garantía de amplia resonancia en los medios de información. Los ejemplos son profusos y pueden ser verificados en diversos periódicos: *Diario de la Marina*, *El Comercio* o *Unión Española*. Más de un manual sobre la historia de Cuba reproduce detalles de una escandalosa campaña que se llevó a cabo a través del diario *El Mundo*, de amplia circulación en todo el país, para alentar el miedo (y claro, el odio) contra los negros, dedicando vastos espacios al ataque de la santería o de la práctica del ñañiguismo, entre otros asuntos que les eran propios.

En el libro *Esclavitud, abolición y racismo*, de Julio A. Carreras, se refrenda que aquella avalancha racista de *El Mundo*:

«Para corroborar y fortalecer sus opiniones daba noticias de supuestas denuncias de personas que creían haber visto presuntos secuestradores en Guanabacoa, Regla, Cabañas, Jovellanos y otros municipios de muchos habitantes negros. Sobre los ñañigos escribía para destacar su ferocidad y constante espíritu bélico que ponía en peligro la tranquilidad en la capital. Para esto recomendaba el procedimiento expedito del linchamiento»⁵.

Por lo que se ve, *El hombre del saco* ha deambulado mucho y desde hace mucho tiempo por las calles y campos de Cuba. Y no es posible experimentar sino frustración, junto a una inquietud que desemboca en nuevas interrogantes, al comprobar que las alegaciones que le dieron vida en siglos anteriores son intrínsecamente iguales a las que conservan y alimentan su vigencia de hoy: negro ladrón, negro violador, negro buscapleitos, negro holgazán, negro amenazante, negro transgresor de la ley y de las buenas costumbres...

En el caso puntual de sus prácticas y organizaciones religiosas, el tema se enrarece todavía más. Porque si bien es verdad que actualmente (luego de haber permanecido en el limbo de la postergación y a veces incluso de la prohibición hasta los años 90 del siglo XX) estas prácticas y organizaciones de la religión cubana con origen afro muestran un auge sin precedentes en el país, ello parece responder sobre todo a intereses extra-culturales, quizá más afines con el ámbito económico y el turístico.

Entonces se da la particularidad —pintoresca, sin que por ello deje de ser inquietante— que una parte considerable de los blancos (y ahora suman multitud) que se sienten atraídos por los asuntos religiosos de los negros experimentan a la vez un gran temor ante tales asuntos y sus representaciones. La mayoría no admite en forma explícita

ese miedo: prefiere llamarle respeto, pero hoy por hoy para casi nadie aquí resulta tarea difícil identificar disparidades entre ambos términos. De igual manera el que más y el que menos se da cuenta de que no es exactamente respeto sino miedo, o medrosa curiosidad en el mejor de los casos, lo que suelen sentir los humanos ante lo enigmático, lo desconocido, lo que no se domina, aquello que los mayores le situaron siempre lejos de su entendimiento y cerca de su indefensión.

Por supuesto que, más allá de los reparos, hay que celebrar esa expansión que ahora evidencian los asuntos espirituales de los negros cubanos. Constituye un despegue. Y por algo hay que empezar. Por lo demás, se trata de una temática sumamente compleja y delicada, de la cual, por fortuna, se ocupan ya los entendidos.

Nosotros nos conformaremos con dejar constancia de la inquietud y las interrogantes que afloran al comprobar más de una coincidencia entre las causas que inspiraron el miedo al negro digamos en los inicios del siglo XX y las que continúan inspirándolo cien años más tarde, es decir, hoy, revolución mediante.

Bordeando indicios

Bordeando indicios reparamos en que, a diferencia de lo ocurrido hasta finales de los años cincuenta, en el siglo XX, durante cinco décadas de gobierno revolucionario las manifestaciones de discriminación racial se han visto privadas en Cuba de dos de los conductos decisivos para su propagación y su afianzamiento en la psiquis de la gente. Ni una figura pública, ni un solo medio de información dedican un minuto o una línea a incentivar directa y abiertamente el miedo al negro. No les sería permitido. ¿Cómo se explica entonces que, después de cinco décadas de

discurso oficial antirracista sin lugar para contraposiciones, este mal no haya perdido terreno en la idiosincrasia del cubano blanco? Mucho tiempo de reflexión y debate, mucho examen, muchos folios en blanco y negro exigiría tal vez el arribo a una conclusión definitiva. Pero hay algo que nos parece posible adelantar a priori: que ese discurso antirracista no fue suficientemente respaldado en la práctica, con acciones y con métodos que corporizaran las palabras otorgándoles sustancia, sentido, dimensión, hondura, arraigo.

Es evidente que al negro discriminado y al blanco discriminador no les basta con las leyes y las buenas intenciones para avanzar juntos, dejando atrás sus respectivas rémoras. Igualmente queda por evaluar hasta qué punto la falta de confrontación libre y pública alrededor del tema pudo haberle reportado beneficios y pérdidas en proporción. Los problemas de racismo nunca desaparecieron en Cuba, pero es recién ahora cuando un reducido grupo de analistas ha comenzado a abordarlos, aún tímidamente y muy de vez en vez, en algunos medios de información, sobre todo especializados.

Como muchas otras cuestiones de importancia capital para nuestro desarrollo, el debate conceptual desde posiciones contrarias, con equidad de derechos entre todas las partes, también ha impuesto su vacío entre nosotros. Cincuenta años de silencio y subterfugio recuerdan la fábula de aquel rey que se pasea desnudo entre sus súbditos, como si vistiera las mejores prendas, pues nadie se atreve a describirle lo que ve.

Durante la primera mitad del siglo XX, a pesar de la asfixiante atmósfera racista, siempre existió un espacio para la polémica. Así como el miedo al negro pudo contar con propagadores de gran empuje, competentes y astutos, también debió enfrentar el desmentí-

do de otros hombres lúcidos y cultos, con autoridad moral y altos méritos profesionales. Muchos de esos hombres aparecen hoy entre las grandes personalidades de nuestra cultura y de nuestra historia.

A propósito, en su libro *Patria, etnia y nación*, el reconocido historiador cubano Jorge Ibarra nos remite a una de las más reveladoras de aquellas controversias que auspició la prensa de La Habana en torno al racismo. Se trata de la llamada polémica Mañach-Urrutia (abril 11 – mayo 3, 1931) y a través de las páginas de la sección «Ideales de una raza» (*Diario de la Marina*), sostuvieron Jorge Mañach y Gustavo Urrutia⁶. Según Ibarra, esta polémica fue considerada en su momento como la contribución más importante de la época al movimiento cultural negrista cubano. No era una discusión desde posiciones insalvablemente antagónicas. Tampoco se caracterizó por la hostilidad entre los dos contendientes.

Mañach, hijo de un español y una mulata, graduado en Harvard, hombre preeminente por su sabiduría y su amplitud de juicios, se proyectaba en general como enemigo de la discriminación, aun cuando algunos de sus criterios parecieran sufrir el peso de su cultura clasista. Por su lado Urrutia, figura cimera del periodismo negro en los años veinte, sobresaliente no sólo por su talento y su activa militancia antirracista, sino también por su afiliación a las ideas de izquierda, tendía a los enfoques dialécticos.

Es de agradecer que el historiador Ibarra haya querido refrescarnos la memoria, justo en los días que corren, a tenor de la polémica Mañach-Urrutia, que no sólo resultó de vital importancia en su oportunidad, sino que todavía nos reserva aleccionamientos útiles, entre ellos el de ilustrar cómo la inteligencia y la convicción no bastan a veces, sin más, para defender óptimamente una

causa. Y también enseña cómo hasta los fundamentos del más resuelto compromiso requieren ser confrontados, poniendo bajo lupa todos y cada uno de sus enfoques.

Por ejemplo, Mañach, no obstante su sapiencia, demostró creer que la cultura y en general los derechos de los negros cubanos eran víctima de la hegemonía de los blancos porque la cultura de estos últimos había alcanzado una calidad superior. El ilustrísimo hombre de Harvard entendió «cultura superior» donde el sentido común indicaba «cultura distinta»; vio causa donde había consecuencia. Y no es todo. Ante el prejuicio racial de los blancos, definido ni más ni menos por su malformación cultural, Mañach creyó ver «una imposición del instinto biológico de la raza»⁷. Urrutia, en tanto, se equivocaba en forma ostensible (nunca su equivocación podría resultar más ostensible que aquí y ahora) cuando sostuvo que para suprimir radicalmente la discriminación racial entre los cubanos, bastaría con la proclamación de un estado socialista en la Isla.

Pero en fin, de vuelta a los días que corren, hay otro detalle, uno más, de momento, que también podría sernos útil para bordear indicios. Posiblemente hoy en Cuba vuelva a registrarse cierta supremacía numérica de negros y mestizos sobre blancos. No es lo que refleja el último censo poblacional, pero es algo que tipifica el parecer de la generalidad en nuestras calles, conciliando lo que se ve y lo que se escucha. Y no hay por qué descartar que, aun cuando ésta no sea una de las razones concluyentes para la actual vigencia del miedo al negro, tampoco deja de ejercer un efecto más o menos relativo sobre el problema.

Pero incluso en el caso de que se confirmaran tanto el dato demográfico como su presunta influencia, dudo que fuera suficiente para cambiar la percepción de quienes no

vemos en nuestro horizonte el peligro de una guerra de razas. José Martí habría podido escribir hoy con acierto mucho mayor que en 1893, que los cubanos no nos sentimos embargados por el temor a una guerra de razas. Demasiados son nuestros temores, inseguridades y congojas de este minuto. Pero la guerra fratricida entre negros y blancos no se aprecia entre los de primera magnitud. Los blancos de aquí no buscarían esa guerra, es obvio que no está en sus planes: no la desean, ni siquiera les conviene. Mientras, el interés de los negros se mueve en otra dirección, alternativa y hasta quizás contraria a la guerra de razas. La postergación secular de sus proyectos y esperanzas, así como el anhelo de materializarlos, estimulados por las noticias que les llegan desde otras latitudes, y además persuadidos de la utilidad que les reporta su avance de las últimas décadas (aún defectuoso, pero cierto) en materia educacional, no incentiva precisamente a los negros cubanos para arrastrarlos una vez más al campo de batalla. Las múltiples lecciones de la historia y el panorama que ante sus ojos presentan los tiempos actuales, parecen sugerirle nuevas disyuntivas al negro cubano. Sólo faltaría que logren disponer de una vez (con menos parafernalia y más hechos) de los mecanismos y de las mínimas garantías para demostrar sus capacidades y sus enormes ganas de avanzar en paz.

Otro asunto distinto y muchísimo más preocupante de nuestra actualidad es la empecinada vigencia del miedo al negro entre los blancos cubanos, a todos los niveles. ¿Hasta cuándo *El hombre del saco* vivirá condenado a vagar entre los humos del enigma, cargando con la más ingrata de las ocupaciones: asustar a los niños?

Creo que para hallar una respuesta no bastarán siquiera el examen minucioso, la reflexión y el debate. Tal vez tengamos que

acudir a Orula, orisha mayor, gran visionario, revelador del pasado, el presente y el futuro. Puede suceder que ni aun el propio Orula Igború, Orula Igboya, Orula Igbochché, estime de su competencia legislar sobre aquello que ni los dioses saben. Pero al menos nos dará un buen consejo.

NOTAS:

1- Martí, José. *Mi Raza*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro, 1975, *Obras Completas*, Tomo 2, pag 298/300.

2- *Ibidem*, 299.

3- Carreras, Julio A. *Esclavitud, abolición y racismo La Habana*, Editorial de Ciencias Sociales, 1989, pag 66.

4- *Ibidem*, 66 s.

5- *Ibidem*, 65.

6- Ibarra Cuesta Jorge. *Patria, etnia y nación*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2007, pag 247.

7- *Ibidem*, 251.